

## Yanis Varoufakis: “El minotauro global. Estados Unidos, Europa y el futuro de la economía mundial”

Turner Publicaciones, Madrid, 2014 (267 páginas)

José María López Jiménez

Yanis Varoufakis ha pasado de ser conocido, únicamente, en ámbitos académicos, a ser internacionalmente célebre, tras su fugaz tránsito por el Ministerio de Finanzas heleno, en el tercer acto del drama griego, el de 2015, tras los de 2010 y 2012. Pocos personajes han despertado tantas adhesiones y rechazos, y tan intensos, como él.

Precisamente, en el año 2012 escribió la segunda edición del libro de divulgación “El minotauro global. Estados Unidos, Europa y el futuro de la economía mundial”, que tiene su origen en otra obra, más técnica y académica, titulada “Modern Political Economics”, del propio Varoufakis, Halevi y Theocarakis.

Quien se acerque a la obra buscando respuestas a la crisis griega encontrará mucho más, pues esta crisis, incluso la europea, no son, para Varoufakis, sino eslabones de la del orden mundial establecido tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, con su primera puesta en entredicho en los años setenta del siglo XX, en torno a los Estados Unidos y sus aliados (con exclusión, obviamente, de la URSS y los Estados ocupados que recuperaron su soberanía tras los trascendentales –y no del todo explicados– hechos de 1989 y los años siguientes).

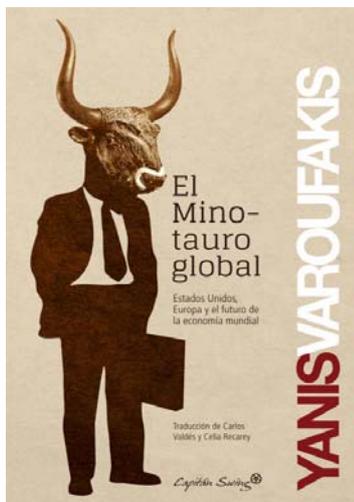
Esta obra puede suscitar el rechazo o la aceptación, como su autor, pero, al margen de su valoración, sí merecen ser destacados algunos argumentos que pueden aportar claves para la interpretación de la compleja realidad del siglo XXI.

Desde luego, algunas tesis conspiratorias, como que Estados Unidos ha urdido un plan de dominio mundial, o que la crisis europea ha sido orquestada o aprovechada, a conciencia, por Alemania, no nos parecen muy presentables, como tampoco la exoneración de culpas o lo liviano de las críticas a las economías particularmente sobreendeudadas, como la griega.

Cabe señalar, igualmente, antes de exponer las líneas maestras de “El minotauro global”, que algunos de los argumentos de Varoufakis han sido superados por la realidad, como, por ejemplo, la puesta en marcha de la Unión Bancaria en Europa (del Mecanismo Único de Supervisión y del Mecanismo Único de Resolución, más en concreto). Ciertamente, esta segunda edición de 2012, escrita antes del transcurso de dos años contados desde el lanzamiento de la primera, incorpora unos capítulos finales para someter la tesis principal al “test de falsación popperiano”, que, en opinión del propio autor, se supera ampliamente.

Los argumentos económicos y financieros comparten terreno, en este libro, con los puramente políticos, que son lo que verdaderamente, para el autor, han marcado el desarrollo de los acontecimientos. Su estudio, en sí, no implica más que aplicar un análisis imperialista global, con sus ramificaciones y subsistemas regionales, en el que los flujos comerciales, económicos, monetarios y financieros se mueven, como es natural, desde la periferia hacia el centro del sistema.

La imagen por la que opta el autor, el símbolo que encarna su tesis, es el minotauro, por lo que hay que recurrir a la fuente mitológica para su recta comprensión. El rey Minos de Creta pidió un toro a Poseidón, como señal de aprobación, para su sacrificio en honor del dios. Tras su entrega, cautivado por su belleza, Minos perdonó la vida al toro. En represalia, los dioses castigaron a Minos permitiendo que la esposa de este, Pasífae, fuera poseída por el toro, de lo que resultó el engendro del Minotauro. Según fue creciendo el Minotauro, este se fue haciendo cada vez más incontrolable y violento, por lo que le rey Minos encargó al ingeniero Dédalo (el padre de Ícaro) la construcción de un laberinto donde recluirlo. La bestia se alimentaba de carne humana, por lo que Minos, para vengarse de Atenas, tras el asesinato de su hijo por el ateniense rey Egeo, tras vencer en el campo de batalla a los áticos, les



impuso el deber de enviar siete muchachos y siete doncellas para servir de alimento, cada año (o cada nueve años, según otras versiones), al Minotauro. La historia concluye con la muerte del Minotauro a manos de Teseo, hijo del rey Egeo de Atenas, lo que permitió el fin de la hegemonía cretense y el amanecer de Atenas.

El libro que comentamos tiene un punto de arranque bien sencillo: el hegemon resultante de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos, consolidó su rol estelar, por primera vez en la Historia mundial, aumentando su déficit adrede. De este hecho resultó la financiarización de la economía global que vino a reforzar este “reinado” y plantaba las semillas de su futura ruina. La crisis griega, la española o la italiana no son más que un síntoma del cambio de tendencia general, de la herida de muerte del minotauro y del vacío de poder creado tras su pérdida de vigor, en tanto su lugar no sea ocupado por un sustituto.

Varoufakis nos sumerge en su sugerente parábola con el crash de 2008 y la patente insuficiencia de los patronos del barco para explicar las razones de la zozobra. Alude, por ejemplo, a la ingenua y razonable pregunta de la reina Isabel de Inglaterra a los profesores de la *London School of Economics* en 2009: ¿por qué no lo vieron venir? Posiblemente, apunta Varoufakis, la acumulación de deuda, privada y pública, sin límite, y la creencia de que todos los riesgos estaban debidamente identificados y controlados (“riesgo sin riesgo”) explican el declive: “al creer que había diluido el riesgo con éxito, nuestro mundo financiarizado creaba tanto que fue consumido por él”.

Igualmente, señala otros elementos que coadyuvaron a que se desataran todos los males: el neoliberalismo de Reagan y Thatcher, la designación de Alan Greenspan como presidente de la Reserva Federal (y, previamente, de Paul Volcker), el papel desempeñado por los organismos reguladores –y el rol cardinal de la norteamericana Ley Glass-Steagall en los años de la Gran Depresión– y por las agencias de calificación crediticia, los derivados, la innovación tecnológica y financiera, la codicia, las “prácticas casi criminales y con productos financieros que cualquier sociedad decente tendría que haber prohibido”, las primas de los banqueros de inversión, el origen americano de la crisis y su contagio a Europa...

En suma, cuanto más alto vuela el sistema capitalista, “más se aproxima al momento de su propia ruina, de forma muy parecida al mítico Ícaro. Después, tras el crash (y a diferencia de Ícaro), se levante del suelo, se sacude el polvo y vuelve a embarcarse en la misma ruta una y otra vez”.

En este punto entra en juego la famosa tesis de Varoufakis: el crash de 2008 se produjo cuando una bestia, el minotaurito global, fue gravemente herida.

“Mientras dominaba el planeta, su puño de hierro fue implacable, su reinado atroz. Sin embargo, mientras conservó la salud, mantuvo la economía global en un estado de equilibrado desequilibrio. [...] Hasta que no encontremos la manera de vivir sin la bestia, una incertidumbre radical, un estancamiento prolongado y la renovación de una inseguridad extrema estarán a la orden del día”.

Pero, ¿qué es, realmente, el minotauro global? Varoufakis lo asocia con los crecientes “déficits gemelos” de los Estados Unidos, el presupuestario y el comercial, y los mecanismos de financiación de los mismos por el resto del mundo. Las economías más grandes del mundo (Alemania, Japón, más adelante, China) producían bienes en masa para el consumo norteamericano. Posteriormente, el 70%, aproximadamente, de los beneficios generados, se reinvertían en los propios Estados Unidos, a través de la transferencia de flujos monetarios a Wall Street, que los transformaba en inversiones directas, acciones, nuevos instrumentos financieros y préstamos (quedando, a cambio, un residuo de beneficio para los banqueros).

La génesis de estos desequilibrios conduce, según el autor, a Bretton Woods, en 1944. Keynes llegó a proponer la creación de una “unión monetaria internacional”, una única moneda (el “bancor”) con su propio banco central e instituciones. Esta unión garantizaría a cada país una línea de crédito, sin interés, y el acceso a préstamos a tipo de interés fijo, por lo que los países deficitarios podrían estimular la demanda interna sin tener que devaluar la moneda. Además, los países con excedentes comerciales excesivos serían penalizados con el pago de un interés, lo que llevaría aparejado que su moneda se revalorizase. Estas penalizaciones se canalizarían hacia los países deficitarios a través de préstamos. Así, no se experimentarían las dificultades que se originan cuando economías dispares están vinculadas monetariamente. Esta razonable tesis, no prosperó, sobre todo por la negativa norteamericana, país que disponía, al parecer, de su propio “plan global”.

A la par que se consolidó el nuevo orden e instituciones como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial, se forjó, si creemos a Varoufakis, el “plan global”, ideado por James Forrestal (Secretario de Defensa), James Byrnes (Secretario de Estado), George Kennan (director del equipo de planificación política del Departamento de Estado) y Dean Acheson (quien participó activamente, además de en los acuerdos de Bretton Woods, en el Plan Marshall): “los Estados Unidos exportarían bienes y capital a Europa y Japón a cambio de inversiones directas y clientelismo político, una hegemonía basada en la financiación directa de centros capitalistas extranjeros a cambio de un excedente comercial americano para ellos”.

---

Como subsistemas de este entramado, eran necesarias dos economías que sirvieran de complemento a la norteamericana. Estas dos economías serían, contra todo pronóstico, las de las dos potencias del Eje que habían sido derrotadas y destruidas en su práctica integridad. Pero, ¿por qué Alemania y Japón? “Ambos países se habían vuelto dignos de confianza (gracias a la abrumadora presencia del ejército estadounidense); ambos contaban con sólidas bases industriales, y ambos ofrecían una mano de obra altamente especializada y un pueblo que abrazaría la oportunidad de levantarse, cual fénix, de las cenizas. Es más, ambos ofrecían considerables beneficios geoestratégicos con respecto a la Unión Soviética”, zanja Varoufakis.

El “plan global” pereció, precisamente, por carecer de un mecanismo objetivo que sirviera para el reciclaje de los excedentes globales, como infructuosamente propuso Keynes en 1944. El entramado se fue erosionando paulatinamente, hasta ceder por completo en la década de los setenta del siglo XX, con la salida del patrón oro por los Estados Unidos en 1971, decretada por Nixon, y la crisis petrolífera de 1973.

Los Estados Unidos se percataron del fin de ciclo y decidieron sacar el máximo partido antes del derrumbe final del “plan global”. Los norteamericanos optaron “por lanzar a la economía mundial hacia un flujo caótico, pero extrañamente controlado, hacia el laberinto del minotauro global”.

El tributo rendido al Minotauro mitológico se ofrecía por la fuerza, pero la afluencia de capital dirigido hacia los Estados Unidos se originó de forma voluntaria. Varoufakis lo explica gracias a los conocidos como “cuatro carismas del minotauro” y su insuperable “vis atractiva”:

- Carisma uno: condición de moneda de reserva del dólar. Ante situaciones de crisis, los capitales, contradictoriamente, fluyeron hacia los Estados Unidos. Además, las materias primas se pagaban, aunque no intervinieran empresas de los Estados Unidos, en dólares.
- Carisma dos: costes energéticos crecientes. El incremento del precio del crudo no fue tan perjudicial para los Estados Unidos, pues el dólar se continuó empleando como divisa de pago, además de que los “petrodólares” se canalizaron hacia los Estados Unidos, que elevaron los tipos de interés en 1981, por medio de Volcker, hasta el 21,5%. Además, los ingresos derivados de la búsqueda de alternativas energéticas por otros países como Alemania o Japón se reinvertieron en o con la participación de Wall Street.

- Carisma tres: mano de obra productiva y abarataada. Se produjo el inicio de una tendencia consistente en la limitación de los salarios reales y el incremento de la productividad, lo que provocó que se dispararan los beneficios corporativos.

- Carisma cuatro: poder geopolítico. El poder geopolítico y militar americano sirvió de envoltorio a los anteriores tres carismas.

La afluencia de capital, incentivada por los cuatro carismas, “alimentó los déficits estadounidenses hasta tal punto que pronto comenzaron a parecerse a una bestia mitológica, a un minotauro global de cuya presencia se hizo dependiente la economía de los Estados Unidos y cuya afluencia se extendió rápidamente a todas las regiones del globo”.

La llegada de la crisis de 2008, con todas sus derivaciones, tras la llamada “Gran Moderación”, era la lógica consecuencia del inestable reinado del minotauro global, que entonces llegó a su fin: con el crash “el minotauro quedó herido en su laberinto, demasiado enfermo para seguir consumiendo suficientes excedentes de Europa, Japón, China y el Sudeste Asiático para evitar que sus economías se estancasen”.

El tiempo dirá quién sucede al caído minotauro, en un proceso en que se habrán de superar riesgos reales y potencialmente letales (“si el período anterior a 2008 era insostenible, el período posterior a 2008 está repleto de tensiones que amenazan a las generaciones futuras con un tumulto que la mente no alcanza siquiera a imaginar”).

Es resumen, esta es la tesis de Varoufakis, que desde luego es atrevida, a veces quizás en exceso. A pesar de todo, hay reflexiones que nos parecen muy sugerentes, del pasado, del presente y de los futuros posibles, de índole no solo económica y financiera, sino también política y de poder puro.

Sorprendentemente, Varoufakis concluye que en la nueva época posterior al minotauro global “América debe seguir liderando”.

